

¿Sueño diurno en plena crisis?¹

Sleeping during the day in full crisis?

HORACIO CERUTTI-GULDBERG²

Resumen: En este texto se intenta una síntesis de investigaciones efectuadas a lo largo de varias décadas, procurando abordar las múltiples facetas de la utopía, siempre con un énfasis epistémico y abrevando en múltiples campos disciplinarios, al tiempo que jugando con diversos niveles de lenguaje.

Palabras claves: utopía, crisis, sueño.

Abstract: I try, in this paper, to synthesize a series of research made during the last decades that had been focused on utopia. This synthesis is characterized by an epistemic remark that is nurtured by different disciplinary fields. This proposal is presented in interplay between different levels o languages.

Keyword: utopia, crisis, sleep.

Para mi Ximena Sonsoles, hija queridísima mayor, con todo lo que eso implica³.
«... porque existe la necesidad de seguir siendo en una realidad que ofende»⁴.

Cuando no se vislumbran salidas por ningún lado, ¿qué queda? Evadirse, huir, fugarse, ignorar lo que nos rodea, dormir, soñar. No hay nada que hacer o, al menos, eso sentimos. Quisiéramos parar, detener el tiempo y, en el mismo intento, acelerarlo al máximo para que todo pasara y... a otra cosa mariposa. Pero las dificultades son intensas, porfiadas, insistentes,

-
- 1 Conferencia de clausura del V Congreso Internacional de la SAF (Sociedad Académica de Filosofía): «Razón, Crisis y Utopía», Universidad de La Laguna, Tenerife, 4 de febrero de 2011. Agradezco a la Dra. Ángela Sierra González por la gentil invitación. He adoptado como estrategia de exposición la de intentar una síntesis de investigaciones efectuadas a lo largo de varias décadas, procurando abordar las múltiples facetas de la utopía, siempre con un énfasis epistémico y abrevando en múltiples campos disciplinarios, al tiempo que jugando con diversos niveles de lenguaje. Decidí no abrumar con citas y referencias, aunque hay muchísima investigación y lecturas detrás de estas líneas preparadas para su exposición oral. En mis trabajos se pueden encontrar esas referencias, muchas de las cuales serán más que evidentes para quienes escuchen-lean esta exposición.
 - 2 Catedrático UNAM (Profesor Facultad de Filosofía y Letras, Investigador Centro de Investigaciones sobre América Latina y El Caribe, Coordinador del Programa de Postgrado en Estudios Latinoamericanos).
 - 3 Siempre quise que se escribiera así, Ximena, con «X». A pesar del apoyo de un apreciado maestro filólogo el Registro Civil de Mendoza no me lo aceptó y hubo que registrarla como Jimena, con «J». Por supuesto, detrás de esa letra se juegan muchos «detalles» muy significativos, así como en los dos nombres combinados.
 - 4 Ana Matías Rendón, «Ensayo final» presentado para mi curso de Licenciatura dedicado a Filosofía de Nuestra América, diciembre 2010. Interesa subrayar que su lengua originaria es mije o mixe.

roedoras, obstinadas, impertinentes; acucian y agobian. Resultan, en suma, asfixiantes. Esa sensación de encierro inmodificable, de claustrofobia inapelable aplasta, paraliza, deprime y, no tan paradójicamente, encierra más todavía si cabe. La fobia al enclaustramiento aumenta, las puertas se cierran más y se ciernen nubarrones en los interiores, las fuerzas desfallecen y no hay de donde agarrarse. De nuevo el recurso es simulado: hacer como que no pasa nada..., cuando en realidad estamos trabados. Divagar imaginariamente puede que ayude en algo, pero la situación efectiva no cambia. Y, justamente, de lo que se trata es que no podemos modificar la situación intolerable y, tampoco, renunciar a imaginar una al menos un poquito mejor. Ahí, en esa encrucijada, se instala un proceder que puede resultar sumamente fecundo, siempre y cuando no perdamos el control de los hilos en los cuales podemos enredarnos muy fácilmente para seguir sin salir del claustro infamante, reiterativo, habitual y restrictivo. Se trata, ni más ni menos y con todo el temor y temblor de convocarlo a gritos, del soñar despiertos. Su trama es sumamente enmarañada y, al mismo tiempo, sumamente fecundante, quizá por esa capacidad de convocar y propiciar la convergencia de dimensiones insólitas. Y es que sólo es factible soñar despiertos si no renunciamos a pensar, razonar, imaginar, apasionarnos, distanciarnos, reflexionar, meditar, actuar y hacer con eficiencia y disciplina. Y aquí resulta inevitable alzar la voz y preguntarnos si tal entramado es efectivamente realizable. Esto invita a entrar en el resbaladizo terreno que nos interesa: la dimensión epistemológica, aquella que encara el modo de producir conocimiento y sus efectos. Nos internaremos entonces en este terreno sumamente pantanoso, resbaladizo, donde es muy fácil perderse, confundirse y quedarse atrapados en el laberinto. Vale la pena intentarlo.

Un aspecto preparatorio todavía nos falta convocar para poder examinar el tema de modo contextualizado. Soñar despiertos ¿en tiempos de crisis? Claro, conviene aclarar, en la medida de lo posible, cuáles tiempos no son de crisis. Con todo, si por crisis entendemos situaciones catastróficas, destructivas, donde se desmoronan las reglas del juego establecidas y las expectativas se ven frustradas, la carga negativa en sentido peyorativo aparece como nodal y sólo se puede esperar de estas situaciones cambios para peor. Pero, si la crisis se asocia a cambios que pueden culminar en revoluciones, la cuestión se modifica de raíz⁵. Se ha vuelto un tópico un tanto resobado asociar crisis con oportunidad y eso conlleva una cierta ingenua y auspiciosa proposición de positividad en medio de las tinieblas. Con todo, conviene que apreciemos las potencialidades de esos cambios, generalmente inesperados, que parecen desbaratar todas las reglas del juego, supuestamente establecidas y consolidadas o, al menos, dadas por tales. Si esas coyunturas específicas abren paso a rendijas por donde pueden filtrarse cambios más o menos radicales, el sueño diurno o soñar despiertos encuentra donde experimentarse y le resulta viable explayarse.

5 Conviene recordar ciertos significados raigales: «CRISIS "mutación grave que sobreviene en una enfermedad para mejoría o empeoramiento", "momento decisivo de un asunto de importancia» tomado del lat. [...] y éste del gr. [---] "decisión", derivado de [...] "separar", "decidir", "juzgar" [...] Ahí sólo registrado en la ac.[epción] etimológica y arcaica "juicio que se hace sobre alguna cosa". En Acad. 1873 ya aparece la ac. Médica y la ed. de 1884 la extensión a otras materias. Baralt vitupera como galicismo *crisis ministerial*. Es probable, en efecto, que las acs. figuradas y no médicas se importaran del extranjero, pues en francés y en inglés se hallan ya a princ. S. XVII». «DECIDIR, tomado del lat. [...] "cortar", "decidir", "resolver"...». En el siglo XVII se asociaría con «circuncidar». Tomado de Joan Corominas y José A. Pascual, *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*. Madrid, Gredos, 1ª reimpresión 1984..

Lo que viene a ser colocado en cuestión de modo francamente explícito en momentos de crisis es todo lo que tiene que ver con lo inercial y habitual, justamente por la excepcionalidad de la crisis. Los hábitos permiten, justamente, algo que parece sublime: prever. En los hábitos lo que viene está previsto y por ello brindan tranquilidad. Cuando estas rutinas habituales se quiebran, ahí surge la desazón y reina el desequilibrio, la angustia, todo se precariza, se fragmenta. Es como si no tuviéramos de qué aferrarnos. E inmediatamente resurgen las exigencias acerca de lo que debería ser, podría ser, se querría que fuese, se anhela como deseable. La cuestión remite a quién, cómo, dónde, de qué modo establece lo que debe ser. Lo que es, es y lo que debe ser..., suele quedar en una propuesta de chata moralina o impulsar salidas violentas. Romper todo y con todo, estallar, destruir, arrasar. Siempre con el riesgo *gattopardista* de que todo cambie para que todo siga igual. E, incluso, con algo mucho peor y difícil de aprehender: que no sería propiamente ese riesgo apariencial, sino un deseo profundo, un anhelo subyacente que no se atreve a aflorar, porque en verdad se desea que todo siguiera igual, como si no hubiera pasado nada, y el *factum* es que sí ocurrió. Aquí la dimensión ucrónica se cuela difusamente, porque se trataría de cómo sería la historia si no hubiera sido como fue. O, en otras palabras, cómo alterar lo que fue para que no hubiera sido, para que no haya sido y todo pudiera proseguir en la dinámica inicialmente expectante. Pero, no adelantemos vísperas y prosigamos la revisión de estos sinuosos aspectos convergentes.

El deslizamiento de lo que es a lo que debe ser —o suponemos que debería ser, querríamos que fuese, podría ser, etc.— resulta sumamente sutil y extremadamente difícil de captar, sobre todo cuando nos encontramos en medio de la crisis, cuando se desgajan todos los soportes y no sabe uno de dónde agarrarse. Ese deslizamiento suele producir un accionar basado en la falacia naturalista, que no por ser falacia deja de aparecer como lo más natural del mundo. Las cosas «son así y no pueden ser de otra manera» y resulta que este «son» remite, sin saberlo y hasta sin pretenderlo explícitamente, sin que lo advirtamos, a lo que suponemos que «debería» ser. Y, da la casualidad, que las cosas no suelen ser como pensamos que deberían ser o pretendemos que fueran. Esto crea, nos crea, tremendas desazones y nos paraliza. Allí, nuevamente, subyace un punto neurálgico y es que en el soñar despierto o sueño diurno justamente lo que no ocurre es la falacia naturalista, porque le es inherente a ese soñar la distinción clarísima y como punto de partida de su propia ejecución, entre lo que es y lo que debe ser, a sabiendas de que no se confunden ni coinciden. Lo cual no quiere decir que no se los pueda llegar a hacer coincidir y, por supuesto, que se lo desea ansiosamente. Se enfrenta, así, de modo excluyente —y, al mismo tiempo, atrayente— lo que no soporto y lo que me gustaría que ocurriera.

Pero, aprehender esto más acabadamente requiere examinar la dimensión de lo posible y de lo imposible. Esa relación, la cual se presenta como absolutamente contrapuesta en la cotidianidad en crisis, resulta relativizada en el sueño diurno. No por buena voluntad, sino por las características mismas de ese soñar. Y aquí conviene recordar un aspecto decisivo y, con mucho cuidado, estando alertas para no trivializarlo: sólo sabemos a ciencia cierta lo que es imposible (siempre de un modo relativo al contexto del mismo intento) probando, procurando hacerlo, intentando. La ventaja de atender a este quehacer ineludible es inmensa, justamente porque neutraliza la parálisis que conlleva la afirmación *a priori* —y muy temeraria— acerca de lo declarado irreversiblemente como imposible. Sólo con la actitud que deriva de esta convicción del probar para después ver qué viene a continuación, se abre

un amplio campo de expectativas que no dudaría en denominar energéticas, si esto no sonara un poco a voluntarismo.

A propósito, ¿qué papel juega la voluntad en todo esto? Uno también decisivo, aunque no excluyente, exclusivo o reduccionista. No es sólo a fuerza de voluntad y buenas intenciones que se logran los objetivos, pero también éste es un ingrediente nada despreciable. Puede operar si encontramos sus puntos de apoyo y éstos se presentan múltiples y de articulación compleja, como veremos en lo que sigue. Suele asociarse el voluntarismo o, en expresión más elegante y hasta seductora, la fuerza de voluntad con la capacidad de decisión. Decidir u optar implica una inmensa responsabilidad y es viable siempre y cuando haya múltiples alternativas entre las cuales inclinarse. Al menos dos, porque si sólo tenemos disponible una o ninguna, no hay margen de maniobra y la aparente opción hace caduca la decisión. Aparentemente optamos, cuando en verdad nos dejamos llevar inercialmente. El lenguaje nos juega malas pasadas y nos hace caer en muchas trampas también aquí, cuando se dice: no queda más opción o más alternativa que ésta (y conste que, entonces, ni es opción ni alternativa...). Si no puedo decidir si voy por aquí o por allá, no decido nada, aunque me consuele diciendo que no queda otra posibilidad más que seguir por donde venía, dejándome llevar. Siguiendo con la metáfora, si me regreso es porque había esa alternativa, aunque no la visualizara claramente. Una frase cotidiana en México le añade incluso una dimensión de placebo a esa situación extrema o límite, no por su singularidad, porque con esto topamos en el día a día, sino por sus condicionamientos. Es aquello de «flojito y cooperando». No sólo déjate llevar, sino hasta disfrútalo, no lo obstaculices, no enfrentes la situación, no asumas protagonismo alguno. No hay nada que hacer y, entonces, ¿para qué sufrir? Ya se verá. ¡Ojo! ¡No ya verás, sino «se»! Este «se» impersonal aparentemente libera de toda responsabilidad, quita peso, alivia, restaura —exactamente, «restaura» en una cómoda posición conservadora evasiva—. Sin embargo, la auténtica salida o solución del asunto es relativamente sencilla, aunque muy difícil de practicar. Y las pruebas al canto de su eficacia la brindan acontecimientos históricos y personales destacadísimos. Cuando no hay alternativas hay que crearlas, inventarlas, construirlas. Ni más, ni menos. Se dice fácil, pero concretarlo es sumamente difícil y hasta doloroso, pero ahí sí la labor resulta imperativa. Por supuesto que no es destino, porque también el destino se construye, aunque no parezca y poco hay de sobrenatural en él. Lo azaroso se abre paso en medio de las pretenciosas predestinaciones. Lo profano se impone sobre lo sagrado, siempre en medio de penosas tribulaciones.

En este arriesgado juego de la construcción de opciones, la autonomía participa de manera plena. Desde una trama autónoma, siempre articulada a heteronomías ante las cuales se va constituyendo y consolidando, se decide la construcción de alternativas y se va haciendo cada vez más factible e intensa la experiencia de optar, decidir, elegir. Justamente cerrar ese ámbito de despliegue forma parte central de las prácticas manipuladoras de la «governabilidad» en la vida pública. El propósito descarado es mantener la tranquilidad de las masas, evitar que se alebresten, coartar todo tipo de organización alternativa, frustrar todo intento de emergencia desde las bases de la sociedad. ¿No estaremos habituados a cercenar del mismo modo en lo personal nuestros anhelos más íntimos, nuestros potenciales insospechados?

Distanciarse suele resultar táctica y estrategia muy viable. Ese distanciarse que permite mirar, observar atentamente lo que ocurre —nos ocurre—, como si pudiéramos hacerlo sin afectar sentimientos, pasiones, penas, dolores. No es que no tengamos a flor de piel todas esas

dimensiones y, muchísimo menos, que se trate de evaporarlas. Sólo es un proceder que abre rendijas o grietas donde antes no se vislumbraban. Y las grietas en la dominación permiten descalabros refulgentes y poco previsibles. Si nos damos esa oportunidad, la articulación racional-irracional irrumpe de modo especial. Lo racional no se pierde ni tergiversa, pero se amplía, se flexibiliza hasta cierto punto y lo irracional deja de rondar como una sombra incontrolable. ¿Qué tanto y hasta dónde da de sí esta articulación? Esto es justamente lo que subyace al esfuerzo reflexivo que experimentamos. No hay recetas ni límites prefijados. Todo tiene que ser examinado cuidadosamente paso a paso y, a la vez y siempre, de modo holístico.

La pasión invade estos ámbitos y oscurece la mente. Este tópico se presenta generalmente así y como indubitable. ¿Será? Lo que se padece y emociona ¿es necesariamente obstáculo para afinar la comprensión, la intelección, el razonamiento agudo? La otra alternativa es que ambas dimensiones estarían unidas intrínsecamente y que esa separación «dualista» sería sólo parte de una tergiversación típica de la mal llamada cultura «occidental» con todos sus etnocentrismos inherentes. Quizá no sea del todo así. La compleja articulación mito/logos ha mostrado que discriminar y articular son momentos que pueden exhibir visos de exclusión y de complementación. Por lo tanto, ¿por qué excluir de plano la posibilidad de que en momentos de excesos pasionales y emocionales pueda surgir mayor claridad de análisis y hasta decisiones propiciadoras de una mayor plenitud? Que te puedes arrepentir después, no cabe duda. Pero, ¿por qué negarse la posibilidad de examinarlo con todo cuidado? En plenitud de dolor o en éxtasis podría surgir hasta lo inenarrable.

Claro que, después de las filosofías de la sospecha, no cabe eludir interrogantes desnudados: ¿inconsciente o subconsciente juegan su papel? ¿Qué tanto confiar en lo que aparece como consciente? ¿No estamos amarrados sin saberlo ni notarlo y lo que aparece como nuestras más nítidas decisiones serían sólo eso: apariencias? Ni libertad, ni autonomía, ni protagonismo estarían a nuestra disposición en sentido estricto. Es más, cuando más confiados estuviéramos, más controlados y agarrados del cuello nos mantendríamos. Sin saberlo, ¡para colmo!

Siempre queda el recurso de dormir y soñar. Ese soñar dormidos o sueño nocturno (generalmente, nocturno aunque no exclusivamente) sería una vía por la cual, sin frenos ni obstáculos eso subyacente se mostraría, siempre y cuando supiéramos leerlo, interpretarlo siguiendo sus enmarañadas claves. Ahora bien, ese sueño dormido o nocturno desresponsabiliza. Ya no es un sujeto autónomo el que actúa, piensa, siente, etc., sino un sujeto sujetado por dimensiones con las que se puede llegar en cierto sentido a «dialogar», a tener cierta «interlocución», por así decirlo, pero que escapan al control consciente. Es más, se oponen a él, lo rebasan y lo han rebasado siempre en sus pretensiones soberbias. De lo soñado —¿actuado?— dormido no puedo ser acusado. No soy responsable. Escudriñarlo puede serme muy útil para captar lo que pugna por aflorar desde dentro de mí. Pero, de algún modo, ese soñar dormido opera como un conducto expulsor, evasivo, evacuador, aún cuando ha resultado factible para examinar, al menos hipotéticamente, *a posteriori* qué es eso pulsional que atormenta y cómo funciona.

Si uno es la víctima o se percibe como tal, las dificultades aumentan. Primero, porque el victimismo es en buena medida paralizante. Segundo, porque incluye una dimensión axiológica abrumadora. Siempre juzgamos y entran en juego valores y antivalores. Las valoraciones son inherentes al existir humano y no es factible eliminarlas, aun cuando

se intente apreciar a los valores de modo objetual. Forman parte de la subjetividad en su propia ejecución. El victimismo incluye auto desvalorización y, por supuesto, rechazo de los victimarios, quienes resultan no sólo cargados de sus propias responsabilidades sino también de culpas añadidas en un proceso de desvalorización o infravalorización creciente. Resulta relativamente sencillo advertir que esa situación opera como descarga de las propias responsabilidades, aunque no cabe duda de que existen responsabilidades —generalmente nunca asumidas— por parte de quienes agreden o propician la agresión y la minusvaloración de los afectados. Revalorarse y juzgar de modo pertinente requiere del inmenso esfuerzo integral (teórico, sensible, perceptivo, simbólico, imaginario, ¿religioso?) por superar prejuicios acendrados, inerciales, habituales, paradigmáticos.

Pugna por evidenciarse, si es que ya no lo ha hecho, la relación estrechísima entre la dimensión individual y la colectiva. En contra de robinsonescas pretensiones, curiosamente apapachadas o mimadas por Viernes, si no hay colectivo no hay individualidad alguna. Lo cual no sólo revela la maldad intrínseca del darwinismo social, sino la necesidad de reconocer lo colectivo como posibilitador de la plenitud personal. El sentimiento de pertenencia no es sólo un burdo o despreciable «sentimiento». Exige ser apreciado en todas sus aristas como ese «ser parte de» que viabiliza ser alguien. Los riesgos son inmensos, como en todo lo que venimos examinando, porque se puede caer inadvertidamente —y siempre se «cae» en la cotidianidad— en la ética de la *Urgemeinde*: las y los de adentro serían excelentes, las y los de fuera detestables, diabólicos, malignos, inhumanos, bestiales, bárbaros, incivilizados, incultos. En definitiva: enemigos por definición, en una especie de esencialismo *a priori* incuestionable. No tan curiosamente y mirada la cuestión a fondo, sólo por ser distintos. Confiar en ellas o ellos resultaría una ingenuidad con consecuencias catastróficas. Y, como ya ha de resultar claro, esta trama forma parte de los hilados primordiales de la identidad. El ejercicio de identificación y de auto identificación resulta condicionado por estos prejuicios que bloquean y, al mismo tiempo, formatean la percepción para hacer intolerable lo ajeno, lo alterativo, la otredad, lo supuestamente anormal, paranormal, extraordinario. La dimensión familiar suele operar en esta frecuencia. Y no es que lo familiar no resulte indispensable para un desarrollo personal satisfactorio. Lo que suele ocurrir es que se lo vivencia como comunidad originaria y, así, los de dentro son —deberían ser— los buenos y los de afuera, malos, viciosos, aprovechados, inmorales, abusadores, traicioneros, farsantes, falsos, no confiables. Dramático resulta, en ese contexto, caer en la cuenta de que esa perfección postulada suele resultar poco pertinente. Cuando se constata que hay malas y / o malos dentro, la situación se vuelve desgarradora. La sensación de seguridad hogareña se quiebra y... hay que volver a empezar, para reconstruir lo familiar, lo comunitario, el verdadero hogar.

Poder enfrentar todas estas aristas de este complicado y laberíntico rompecabezas exige una actitud que forma parte de tradiciones ancestrales muy variadas —curiosamente las y los diferentes tenemos muchísimo más en común de lo que a primera vista aparece— y podríamos remitirnos a ella con la siguiente expresión: el esfuerzo por estar *hic et nunc*. Ese aquí y ahora que exige entrenamiento, meditación, disciplina, autocontrol, respiración, incluso en ciertas terminologías, convergencia y equilibrio entre los cuerpos físico, mental, psíquico y espiritual (aquí el orientalismo impone sus tópicos) impulsa a concentrarse en el presente (insensiblemente el occidentalismo llevará a poner el énfasis en el *nunc* y a desplazar a segundo plano el *hic* en un teleologismo temporal aparentemente inespacial o en el cual

lo espacial pasa a un segundo plano como mero contenedor) para poner en juego las tres instancias de la temporalidad. Se procuraría recuperar vía memoria desde el presente el pasado —constituyente— para construir un futuro deseable todavía imprevisible, pero que agradaría mucho poder prever y controlar anticipadamente. Ese presente fecundo y fecundante no puede ser asimilado simplistamente al *carpe diem*, justamente porque el gozar del día puede llevar a eludir las otras dos instancias en una fuga imaginaria de la historicidad. Quizá conviene dejar anotado, de paso, que el consumismo apunta a propiciar esa creencia-vivencia ingenua del *carpe diem*, aparentando que disfrutar del aquí y ahora dejando de lado el antes y el después resulta muy gratificante, siempre y cuando se disponga de los medios (dinero) para acceder a los satisfactores que, supuestamente, calmarían o cubrirían las necesidades y demandas que nos agobian. Comprar a diestra y siniestra aparecería como una especie de sanación o proceder terapéutico. Esto iría acompañado de una impositiva mistificación de los objetos adquiribles y, no tan en los límites, de la objetivación o cosificación de otras y otros seres humanos, las y los cuales se pretendería que fuesen también adquiribles o comprables. Por supuesto, siempre tomando como base la convicción expresa en la frase: «el que paga manda», la cual no deja de tener connotaciones patriarcalistas y machistas detestables, aun cuando pueda ser mujer la que pague... Lo cual sirve para advertir inicialmente la compleja trama que puede articular también el matriarcalismo a esas variantes dominadoras hegemónicas mencionadas. En fin, lo deseable se presenta siempre como otorgador de seguridad, la misma que surgiría del cumplimiento regular de los pronósticos.

La dimensión de lo deseable, la proliferación de pulsiones insatisfechas, el desbordar de anhelos incumplidos impulsa también a fuertes presiones escatológicas supuestamente capaces de las más extraordinarias acciones y de despertar fuerzas extra humanas. Por ejemplo, instaurar el más allá en el más acá o impulsar el más acá hacia el más allá, establecer el paraíso en la tierra, regresar a la edad de oro, traerla al presente o colocarla en el futuro como un objetivo alcanzable si se cumplen determinados procesos. Todo este etapismo presuntuoso —y determinista— vuelve a poner sobre la mesa del análisis la articulación compleja entre espacio y tiempo, así como la necesidad de re conceptualizar la noción misma de espacio con la que se trabaja. Indudablemente en todo esto se presume que siendo obra tan inmensa, tan sobrehumana se requiere también una enorme carga carismática para que algunas o algunos humanos, quienes pretenciosamente rebasarían la dimensión promedio, pudieran liderar estos procesos y encabezar estas construcciones. Mesianismos y acontecimientos místicos se entrecruzan así cuando no resulta viable deslindar la dimensión religiosa. Justamente la experiencia del soñar despiertos funcionaliza una cierta secularización de estos quehaceres. Claro que impulsados siempre por el rechazo a la conformista afirmación consagrada de que «lo mejor sería enemigo de lo bueno». La vigilia significa no sólo atención diurna, sino concentración exclusiva en un presente gestante. Por lo tanto, no para quedarse simplemente allí, sino para impulsar la construcción de lo deseable, anhelado, ilusionante. Tomar clara consciencia de ello, no implica repudiar quitapesares y quitapenas. Más bien, resalta la exigencia de asumir las responsabilidades del protagonismo, de valorarse como sujeto, de apreciar hasta dónde se puede intentar lo imposible, que resulta ser generalmente apariencia hasta tanto no se pruebe o intente lo contrario.

Como se habrá hecho en buena medida patente, subyacen a todo este examen las dimensiones que abordan las que suelo denominar (sub)disciplinas filosóficas, a falta de

mejores términos. Me refiero a lógica, ontología, metafísica, ética, estética, antropología filosófica, filosofías de la historia, de la educación, de la religión, del lenguaje, de la ciencia, del derecho, de la cultura, etc. Los desafíos que comporta reflexionar sobre el soñar despiertos resultan así casi inabarcables y pueden convertirse en abrumadores. Con todo, hay aspectos que (me) van quedado claro poco a poco. No pretendo resumirlos aquí, sino sólo mencionar algunos cuyas consecuencias son más delicadas o peligrosas. Por ejemplo, la filosofía de la historia se suele colar inadvertidamente en reflexiones que afectan directamente a la vida en el modo más peyorativo de la ideologización mistificadora. O las consideraciones y normativas éticas y morales suelen derivar en moralinas descalificatorias muy pedestres y, al mismo tiempo, muy hirientes del quehacer humano. Las filosofías de la cultura suelen funcionar como descalificadoras de usos y costumbres, sólo por el aparente exotismo de estos últimos, aún cuando se pretendan basar en complejas argumentaciones y muy sólidos fundamentos. Y así podríamos seguir.

En todo caso, lo que nos interesa subrayar es que los espacios constituyen tramas de relaciones donde operan ciertas reglas del juego con todas sus connotaciones temporales y hasta jurídicas, en la medida de sus manifestaciones siempre en procesos de mayor institucionalización. Y aquí viene un axioma de muy difícil aceptación y más difícil puesta en práctica: o se cambian las reglas del juego, construyendo otras, o no hay alternativas de fondo posibles. Y ese «se» impersonal, hay que humanizarlo y decir lo que conlleva con toda claridad: o cambiamos las reglas del juego o no habrá futuros ni ideales ni horizontes nosótricos. Pero tampoco vosótricos ni élicos, si me permiten jugar con los términos. Para lo cual, repensar la noción misma de realidad — y los ideales como formando parte de ella — deviene una exigencia teórica y práctica primordial.

Por lo tanto, urge desprendernos de la reductiva significación cotidiana de lo utópico como mera evasión hacia lo imaginario irrealizable en un optimismo quimérico pueril (sueño nocturno) para asociarlo fuertemente a su sentido operativo en el sueño diurno, en el soñar despiertos. Claro que a ambos sentidos subyace el del género utópico como constructo literario de insospechada promiscuidad. Por ello, quizá convendría contradecir a la canción en aquello de «Al amor le importa poco las utopías», porque si bien así podría ser si tomamos el término en el sentido cotidiano estigmatizado, en el sentido operativo el amor aparece como utopía plena⁶. Es más, en las entrañas del amor mismo estaría operando la tensión entre un *status quo* intolerable y unos ideales añorados deseables a los que cabe hacer efectivos, siempre y cuando no se desvirtúe el amor y pase a funcionar como un simple placebo bloqueante de la realización de lo añorado en plena vigilia. Amor resulta, de este modo, ejercicio utópico en el cual los ideales *son soles* que inundan de energía, de luz, de calor, de mimos aquello que nos merecemos en medio de la crisis de la vida humana a la búsqueda irrenunciable de la plenitud. Corte y cambio de las reglas del juego aparecen como requisitos ineludibles en el esfuerzo de re-construcción de una realidad pertinente y viabilizadora de la experiencia de dignidad plena que nos corresponde y que sólo nosotros (vosotros, ellos) podemos (podréis, podrán) construir.

6 «Yo trovador y tú estudiante de economía, / Tú con los números, yo con la filosofía, / Y aunque suene imposible en teoría, / Al amor le importa poco las utopías», Ricardo Arjona (Cantautor guatemalteco, 1964), «¿Quién diría?».